

Sacramentalidad cristiana y mercancías sagradas

Diego Irarrazaval *

Comienzo con asuntos hermenéuticos. Lo prioritario, a mi parecer, es examinar el cristianismo concretamente vivido por la gente común, tomando en cuenta complejos factores económico-culturales. Esto no ocurre cuando uno está preocupado por doctrinas, y cuando uno es funcionario de la religión. Cabe más bien involucrarse en estudios interdisciplinarios, a partir de identidades y responsabilidades como creyentes. Estos estudios serán relevantes si prestan atención a tanta señal de un cambio de época.

Otro gran desafío es honestamente sopesar las vivencias rituales de la gente, y la controvertida actividad eclesial. Hay que encarar la multidimensional crisis de la Iglesia en Chile y el mundo; hay que enfrentar el colapso de poderes sagrados; y hay que sopesar la reconfiguración de procesos simbólicos. Uno constata que la crisis institucional afecta el rubro sacramental, ya que aumenta la soledad espiritual, disminuye lo compartido en una iglesia, y crecen los ritos seculares. El escenario de hoy y mañana está lleno de sorpresas y de incógnitas (1).

Estos asuntos merecen ser abordado por las ciencias humanas y por la reflexión creyente. Ante acontecimientos complejos existen varios tipos de lecturas; son lecturas que no suelen conjugarse. Por ejemplo a un lado son ubicados los fenómenos (como es la poca participación en el sistema sacramental católico) y al otro lado se desarrollan reflexiones bíblicas y doctrinales. Estos dos lenguajes suelen juxtaponerse, sin entrelazarse. Además, no hay que sobredimensionar un tipo de explicación; en nuestro caso: no separar la labor creyente de otros modos de entender lo simbólico. La temática sacramental tiene que ser abordada tanto por la teología práctica

como por las ciencias humanas. En este sentido vale apartarse tanto del positivismo científico como de la ingenua constatación de mercancías sagradas. A continuación les presento dos temáticas.

1. Contiendas “sacramentales” en el contexto chileno.

La expansión económica-cultural conlleva que la ritualidad católica está siendo sustituida (¡y masivamente reinventada!) con ritos profanos de bienestar. Por consiguiente, es necesario ver en qué modo persistirá la bella praxis sacramental, tomando en cuenta la implacable competencia que le hace el imaginario del placer instantáneo. ¿Continuará esa praxis vigente en pequeños grupos de fe? ¿Podrá la vida sacramental reencantar a comunidades que se dedican a servir a la humanidad?

En el terreno eclesial pierden vigencia los debates entre quienes se aferraban a la actividad sacramental y parroquial y quienes optaban por evangelizar y forjar comunidad. Hoy sobresalen otras tensiones, y de modo especial la problemática de cultivar símbolos cristianos de genuina vida, por un lado, y dejarse fascinar por efímeros signos sagrados en el mundo, por otro lado.

Vale indagar otros factores que están en tensión y hasta en pugna. El creciente significado sacramental de la Palabra (gracias al auge pentecostal y al movimiento bíblico y litúrgico en nuestra Iglesia) toma distancia de fenómenos de piedad multitudinaria (en Santuarios y otros espacios festivos). También las personas creyentes sienten la disminución de adhesión al carácter permanente de la gracia sacramental, y ellas son tentadas por apabullantes fórmulas instantáneas y desechables que ofrece el mercado secular.

Otro gran desafío es re-significar los sacramentos católicos dentro de la pluralidad de ofertas simbólicas de carácter económico-cultural. Muchas personas reinterpretan los sacramentos en términos de necesidades de consumo espiritual. Al respecto ojalá haya más debate entre estudiosos de los factores religiosos en Chile. En el ámbito eclesiástico son patéticas las quejas por la menor participación en los sacramentos de la Iglesia y por el aumento del materialismo. Valdría más bien lamentar la ingenua asimilación de los sustitutos pseudo-espirituales.

En cuanto a la contienda intra-religiosa (católica, pentecostal, sincrética, a-confesional) ella sobresale en la conciencia de las personas más adictas a cada una de estas posturas. A mi parecer son diferencias y disputas que preocupan a líderes de cada uno de esos sectores. Sin embargo, es mucho más significativa la tensión entre culturas locales y las hegemónicas mercancías de felicidad.

Esto es patente, por ejemplo, en la parafernalia del bicentenario. Los 200 años han sido conmemorados sobre todo mediante el ritualizado consumo de alimentos y espectáculos. La multitud llevó a cabo la ritualidad gastronómica (con la muy sagrada empanada, y con bebidas rituales), y asume la veneración de héroes del pasado, de la bandera y otras señales patrióticas y nacionalistas. Éstas costumbres aparentemente profanas de hecho tienen carácter ritual (y neo-sacramental). Existe una religiosidad secular en la inmensa mayoría de las personas. Esto contrasta con el pequeño porcentaje de católicos activamente involucrados en ceremonias con la Patrona del Carmen y otros elementos de culto nacionalista.

Otro gran debate se refiere al por qué del consumo privado de fantasías y fetiches. A primera vista uno puede señalar la diferencia de criterios entre adultos y jóvenes, criterios más masculinos con los más femeninos, criterios de tradicionalistas y de progresistas. De modo simplista puede atribuirse mayor carga individualista al joven, al varón, a la cultura posmoderna. A mi parecer, en los diversos estratos sociales y etéreos, hoy predominan rituales marcados por bienes provenientes de aceleradas y deslumbrantes innovaciones tecnológicas. Puede hablarse de una avasalladora sacramentalidad tecnológica; uno se siente “salvado” mediante la telefonía celular, el internet, la maquinaria en cada centro de trabajo, los electrodomésticos, y tanto más.

En estas cuestiones vale dialogar con la reflexión que impugna la irrestricta hegemonía del capital aliado a la tecnociencia. Un caso: el Grupo que repiensa la Economía (2). Al realizarse tal dialogo se ven como secundarias la tendencia egocéntrica y la prédica moralista contra el consumo. Los asuntos principales (que inciden en nuestra temática sacramental) pueden ser resumidos en dos acápite.

A) El respaldo cultural al funcionamiento de la economía mundial. Como lo anota el Grupo ya mencionado: “la economía actual funciona y se reproduce sostenida en un basamento cultural que sería incentivar el deseo de consumir incesantemente” (síntesis de sesión del 26/9/2009, pg. 3). Dicho de otro modo, la cultura del incesante consumo individual impulsa altos niveles de producción en alianza con la técnica y la ciencia. Esto implica, con respecto a la vivencia ritual, el incesante consumo de bienes de salvación, y la proliferación de toda clase de bendiciones y de súplicas para intervenciones sagradas. Esto -de modo indirecto y simbólico- respalda los flujos económicos en el mundo.

B) Lo económico plantea no sólo su autonomía de la política y la ética, sino que principalmente condiciona cada realidad humana y hasta las formas espirituales. Dicho Grupo de científicos sociales lo expresa así: el sistema económico se desprende de “esferas como la política, la ética, la religión, y define su propio campo de acción, tendiendo a imponer sus lógicas a los otros” (idem, pg. 5). Vale decir, lo económico es un macro condicionamiento de cada dimensión de la existencia e impone en cada esfera la lógica de la mercancía. El intercambio de bienes simbólicos (entre los que resaltan los sacramentos cristianos) esta pues afectado por una lógica económica-cultural.

La complejidad de estas contiendas merece un examen cuidadoso. Sólo he planteado interrogantes y pistas. Ojalá la reflexión sacramental siga siendo relevante y concreta para la humanidad de hoy y de mañana. De lo contrario volaremos por las nubes de conceptos y de piadosos deseos.

2. Modos de entender la celebración sacramental.

Desde mediados del siglo pasado, en nuestra Iglesia coexisten varios lineamientos. Un modo de entender los sacramentos se autodenominaba tradicional y subrayaba la santificación mediante la gracia. Tuvo amplia difusión a través de la catequesis. Por ejemplo, un manual para enseñar religión dice así: “los sacramentos son signos sensibles por los que Cristo nos da la gracia”, y “los sacramentales ayudan a condonar la pena temporal de los pecados y con un acto de dolor perdonan los pecados veniales, protegen de los peligros y tentaciones y libran del demonio” (3). Es una perspectiva alejada de la historia de salvación, y que no toma en cuenta la situación chilena. (Me

avergüenza recordar que cuando tenía 17 años, en un programa parroquial de religión, he impartido ese tipo de enseñanza para la “salvación del alma”).

Una segunda gama de lineamientos reconecta la gran Tradición con aspiraciones del mundo contemporáneo. Se desenvuelve la perspectiva del Concilio Vaticano II y en nuestro continente la audacia profética de Medellín (4). Sobresalen las obras de B. Haring, E. Schillebeeckx, K. Rahner, J.L. Segundo, L. Boff, J.M. Castillo, D. Borobio, L. Maldonado, V. Codina, F. Taborda, y otros. También han sido reconstruídos algunos manuales de teología. Unos casos notables: R. Arnau con su *Tratado General de los Sacramentos* (que retrabaja la patrística y la escolástica) y J. Espeja con su *Para comprender los Sacramentos*.

Todo esto ha sido incentivado por pastoralistas (generalmente anónimos) y sistematizados por teólogos que redescubren lo sacramental a partir de la cristología. Se trata de obras que no están encasilladas por enfoques intraeclesiales y disciplinarios, y que sacan a luz implicancias sacramentales del misterio pascual y de la eclesiología renovada para el mundo de hoy. En el contexto chileno la innovación sacramental ha sido encausada por el Instituto de Catequesis y la catequesis familiar de Carlos Decker, matrimonios guías, y jóvenes monitores; y luego por programas de la Vicaría de Esperanza Joven (“caminantes, peregrinos, discípulos, apóstoles”), del Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS), y por iniciativas locales a lo largo del país (5).

La recepción del Concilio Vaticano II, y su creativa implementación en diversos contextos latinoamericanos, ha contado con las poco reconocidas y muy sabias propuestas de J. L. Segundo, L. Boff, F. Taborda, V. Codina, y otros. Deseo recalcar dos constantes. La primera es el modo “descentrado” de comprender los sacramentos. El fundamento es Jesucristo y su Iglesia que ofrecen signos de salvación. Desde esta fuente brota la praxis sacramental. Ella no inculca un patológico perfeccionismo individual, ni la falsa ilusión de salvar cada alma. Más bien la gracias sacramental descentra al creyente ya que orienta toda la existencia hacia Dios y hacia la solidaridad humana. En este sentido Juan Luis Segundo ha entendido la eficacia de los sacramentos, no por ser “un rito jurídicamente válido”, sino por ser “eficaces en relación con la

liberación del ser humano en su historia real” (6). Por consiguiente, uno no está centrado en el rito en cuanto tal, ni en el ministro, ni en un receptor de la gracia.

Una segunda constante (en la renovación de lo sacramental) es comprender la existencia cristiana tensionada por el muy concreto compartir con otros seres y con Dios. Como lo dice L. Boff (con su acostumbrado lenguaje simbólico): “cada comida permite al ser humano hacer la experiencia gratificante de que su ser está ligado a otros seres. Por eso la comida humana va rodeada de ritos. La Eucaristía desdobra el sentido latente del comer como participación de la misma vida divina” (7). Al compartir los alimentos de cada día es cuando la humanidad ingresa profundamente en el corazón de Dios.

Muchas otras innovaciones (en la elaboración teológica latinoamericana) permiten reconocer que la comprensión de lo sacramental no es funcional a la sacralización intra eclesial, ni a la absolutización del mercado de bienes simbólicos. Muy por el contrario, se trata de modos de comprender el don de la Vida (¡la gracia divina!) en el acontecer concreto, y preferentemente en la existencia de la gente común.

Me detengo en esto último. Al convivir con el pueblo es evidente que son los “sacramentales” los que tienen mayor peso en su existencia creyente. Esporádicamente se participa en ceremonias oficiales. Lo más constante y significativo es la realización laical de signos de fe, sin intermediarios eclesiales. Victor Codina ha subrayado los “sacramentales de los pobres”, ya que la mayor parte de las personas en nuestro continente viven conectadas con Dios mediante una gama de signos. Codina anota lo que tantos se resisten a ver: “la mayor parte de la humanidad se salva al margen de la Iglesia oficial, y la mayor parte de los que están en la Iglesia llegan a Dios más por los sacramentales que por los sacramentos” (8). Se trata de un abanico muy hermoso de signos que acompañan la existencia concreta: gestos generosos entre personas que comparten lo poco que tienen, el laicado que bendice y consuela a gente enferma, la señal de la cruz, la lectura de la Palabra, ofrendas de flores, velas y otros objetos que transparentan vida, conmemoración de personas difuntas y de mártires de los derechos humanos, y tanto más.

Por lo tanto, al celebrar y entender la sacramentalidad tienen mayor peso las modalidades autogestionarias, en que personas y comunidades agradecen el amor de Dios y atesoran signos de carácter sacramental.

Al concluir esta reflexión cabe preguntarnos por el porvenir de las ciencias de la religión y la actividad teológica en Chile. Cuando la comunidad cristiana es humilde y transparente, ella asume la actual crisis institucional, y ella redescubre buenas rutas sacramentales. Personas como ustedes que estudian la fe vivida en diversas regiones del país pueden desentrañar los lineamientos del pueblo de Dios. A mi parecer la antigua polémica sobre religión e increencia da paso a nuevas controversias sobre sacramentos cristianos y la mercancía profana-sagrada. Ojalá con realismo y audacia sigamos leyendo los signos del acontecer histórico y los signos de inéditos itinerarios eclesiales.

Notas:

* Ponencia en el XI Congreso Nacional de Estudiantes del Área de Teología (CONEAT), Santiago, 24 de septiembre, 2010.

1) Una Encuesta nacional del Bicentenario recalca la desinstitucionalización de la confesión religiosa; a quienes se declaran católicos se les pregunta si alaban a Dios a solas antes que como miembro de un grupo; en el 2007 lo hacen a solas el 58% y en el 2010 así lo hace el 70% (Adimark-PUC, Santiago, agosto 2010). En el Reporte de la Encuesta Nacional UDP, Hernán Cuevas, “La cuestión de la identidad chilena” comenta la cueca, el desfile militar y otros eventos: “los rituales seculares cumplen una función similar a la de la religión” (pg. 133). En cuanto a la realidad transandina, la “Primera Encuesta sobre Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina” señala que 76% de los entrevistados (2403 casos) afirma concurrir poco o nunca a lugares de culto, y entre quienes se dicen creyentes más de la mitad dice relacionarse con Dios por su propia cuenta (Encuesta de CEIL-PIETTE CONICET, Buenos Aires, 2008)

2) Esta sección retoma un resumen informal del “Grupo para repensar la economía” (Los Dominicos, 26/9/2009). En la crítica constructiva al sistema sobresale el pionero Luis Razeto con su *Crítica de la Economía, mercado democrático y crecimiento*, Santiago: PET, 1987, y sus *Lecciones de Economía Solidaria*, Santiago: Uvirtual, 2006. Otro tipo de propuesta (con una óptica Focolari) es la de Luigino Bruni, *El precio de la gratuidad. Humanizar la economía: reflexiones sobre la economía de comunión*, Buenos Aires: Ciudad Nueva, 2000.

3) Felipe Lázaro Urrizola, *Yo soy la Vida, Los sacramentos y la Gracia*. Aprobado por la comisión de catequesis del Episcopado Nacional, Santiago: Editorial Salesiana, 1966, 52 y 228.

4) Vease la persistente y multidimensional reconstrucción teológica desde los años 60 hasta el presente: *Kirche und Sakramente* de K. Rahner (*Iglesia y Sacramentos*, Barcelona: Herder, 1960), *De Christusontmoeting als sacrament der Godsontmoeting* de E. Schillebeeckx (*Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián: Dinor, 1966), *Los Sacramentos Hoy* de J.L. Segundo (Buenos Aires: C. Lohlé, 1971), *Vita cristiana nella luce dei sacramenti* de B. Haring (*La vida cristiana a la luz de los sacramentos*, Barcelona: Herder, 1972), *Os sacramentos da vida e a vida dos sacramentos* de L. Boff (*Los sacramentos de la vida*, Santander: Sal Terrae, 1975), *Sacramentos: signos de liberación* de Casiano Floristán y Luis Maldonado (Madrid: Mañana, 1977), *Símbolos de Libertad, Teología de los Sacramentos* de J.M. Castillo (Salamanca: Sígueme, 1981), “Sacramentos” de V. Codina (en *Mysterium Liberationis II*, Madrid: Trotta, 1990, 267-294), *La Iniciación Cristiana* de D. Borobio (Salamanca: Sígueme, 1996), *Sacramentales de los pobres* de V. Codina (*O credo dos pobres*, Sao Paulo: Paulinas, 1997, 13-31), *Sacramentos, praxis e festa* de F. Taborda (Madrid: Paulinas, 1997). En cuanto a manuales: R. Arnau con su *Tratado General de los Sacramentos*, que retoma en especial la patristica y la escolástica (Madrid: BAC, 1994) y J. Espeja con su *Para comprender los Sacramentos* (Estella: Verbo Divino, 1990).

5) Vease la serie de publicaciones por Carlos Decker y Eduardo Cáceres (Instituto de Catequesis, Santiago), la Vicaria de Esperanza Joven con su esquema de formación en la fe que incluye lo sacramental, y el Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS) con su *El Señor sale a nuestro encuentro, Catequesis familiar de iniciación a la vida eucarística* (Santiago: INPAS, 2009), redactada por Patricia Campos, Marcia Grez, Patricio Jaramillo, con la asesoría del teólogo laico Joaquin Silva y el Pbro. Hector Gallardo. Cada diócesis chilena tiene sus propios programas.

6) J.L. Segundo, *obra citada*, 74.

7) L. Boff, *obra citada*, 73.

8) V. Codina, *obra citada*, 18. Véase también la obra en coautoría: *Sacramentos de Iniciación, Agua y Espíritu de Libertad* Madrid: Paulinas, 1987, en especial pgs. 178-182.